

Melesio Cuén, el opio y los hijos de Fu Manchú

Debido al impulso racista del culpar a los inmigrantes chinos por haber iniciado el tráfico de drogas en la historia de Sinaloa, me sorprendió que el jefe de la Oficina de Información Política de la Secretaría de Gobernación, Roberto Atwood, enviara un oficio confidencial al Jefe del Departamento de Salubridad fechado el 15 de noviembre de 1938 con el asunto “se comunican datos sobre plantío de ‘adormidera’ y ‘solfía’ en el estado de Sinaloa” en que se inculpaba a connotadas familias sinaloenses. Quedó archivado por el Departamento de Gobierno en un expediente iniciado el 25 de noviembre de 1938 bajo el nombre de Melesio Cuén (Badiraguato, Sinaloa).

Melesio Cuén no sólo se dedicaba a la siembra opio cuando era presidente municipal, hacía muchas otras cosas, pero la producción de opio llamaba la atención por la forma en que llevaba el negocio. Había un sindicato municipal en Higuera que junto a las familias Castro y Salazar del Rincón de los Monzón, eran socios de Melesio Cuén en la organización de los cultivos. Entre todos lideraban a campesinos para que sembraran flores de amapola que luego eran usadas para sacar goma de opio. Agarraban terrenos en Vegas de los Arroyos y otros río de los que ahora desembocan en la presa Adolfo López Mateos. Tú de aquí pa’llá y tú de allá pa’cá. Les dividían los terrenos en parcelitas y los ponían a trabajar la tierra.

Melesio y sus amigos no eran los únicos gomeros de la región. Dicen que también Fermín Fernández, jefe de la Policía Judicial en Santiago de los Caballeros y ex presidente municipal de Badiraguato, tenía plantíos de amapola.

En aquel momento, el médico y general revolucionario José Siurob era jefe de Salubridad. Había gran preocupación e innumerables denuncias sobre traficantes de drogas heroicas que estaban extendiendo el vicio. En el Fondo Presidentes de Archivo General de la Nación quedaron decenas de cartas y oficios que cuentan historias fascinantes. La gente escribía desde Campeche, Veracruz, Jalisco, Michoacán, Puebla, la ciudad de México. Los casos que llegaban desde Sinaloa no eran los más grandes ni los más impresionantes. Quizá lo excepcional en este caso era que se trataba del mismísimo presidente municipal. Me imagino que por eso los agente de la Dirección de Investigaciones Políticas y Sociales, la agencia de inteligencia gubernamental de aquellos años, se tomaron la molestia de informar al Departamento Salubridad que —en aquellos tiempos en que las drogas eran un asunto de salud y no de seguridad nacional— se encargaba de la persecución de traficantes.

La percepción del gobierno central, sin embargo, estaba muy alejada de lo que pensaban los lugareños de Badiraguato. Allí, han contado los viejos, la pizca de opio de don Melesio Cuén se esperaba con entusiasmo. Llegaban avionetas que les intercambiaban por comida las bolas de resina extraídas de la amapola.

En alguna ocasión, Héctor Melesio Cuén Ojeda, actual presidente municipal de Culiacán, dijo que su abuelo era muy querido por los vecinos de Badiraguato. Y seguramente así fue. Melesio Cuén, su abuelo, no sólo fue presidente municipal tres ocasiones, era el médico del pueblo y un gran comerciante. Fue agente minero, dueño de la farmacia, el transporte, la venta de combustible y los cajones de

muerdos. Ya en los 1950 abrió la primera tortillería con máquinas y siempre tuvo tierras sembradas.

Melesio Cuén, dice su nieto, "siempre fue una persona muy querida en el pueblo y en el caso mío fue un ejemplo. Hasta la fecha mi abuelo es mi gurú, porque él fue un empresario muy prominente. Fue una persona muy solidaria, muy desprendida, con muchas anécdotas en el municipio de Badiraguato, que la gente quiso mucho y hasta la fecha lo recuerda" (Silber Meza, "Mi abuelo, mi guru: Héctor Melesio Cuén Ojeda", *Noroeste*, 10 de mayo de 2010).

La evidencia histórica hace pensar que esto pudo haber sido muy cierto. Don Manuel Lazcano y Ochoa, político revolucionario y ex procurador de Sinaloa, contó que alrededor de los años 1930, "desde esos lejanos ayeres, aunque todavía estaba a nivel local y con horizontes al norte, políticos, comerciantes, empresarios, policías, campesinos, todo el mundo sabía que se sembraba amapola. Lo fuerte era la amapola; había mariguana, aunque en menor escala. Ésta se consumía en los cuarteles y en rumbos muy marginados, pero como ya mencioné, lo que ya empezaba a ser un negocio en ciernes, una industria, era la amapola; se sembraba por los rumbos de Badiraguato, por Santiago de los Caballeros. Había una zona muy bien localizada y se sabía quiénes eran los que se dedicaban a la siembra. Eran gentes de ahí, vecinos conocidos, campesinos y pequeños propietarios; aunque desde ese tiempo se notaba que los campesinos nunca serían los dirigentes de la actividad; más bien han sido utilizados. Los líderes son de otro tipo, gente de extracción social un poco más alta que la de los campesinos" (*Una vida en la vida sinaloense*, p. 199).

Seguramente, don Melesio Cuén organizó el cultivo de opio y se ganó con eso y el resto de sus actividades económicas la simpatía de su pueblo. Y eso no tuvo nada que ver con los chinos. Por eso tenemos la deuda de contar bien la historia de eminentes apellidos de emprendedores sinaloenses que impulsaron el inicio del tráfico de drogas, como los Cuén.

En los textos donde se habla sobre los primeros años de la producción y tráfico de drogas en Sinaloa encontramos docenas de referencias a los chinos, pero muy poco sobre el aprendizaje que los locales obtuvieron de estos inmigrantes. Ni siquiera a los historiadores y sociólogos más ilustres se les ha ocurrido preguntar cómo es que los sinaloenses aprendimos tan rápido y tan bien sobre los vicios y negocios de los llamados "hijos de Fuman Chú", estos alienígenas orientales brutalmente discriminados desde principio del siglo XX en Sinaloa y mucho otros estados.

Los hijos de Fumanchú fueron descritos en el libro *El ejemplo de Sonora* por José Ángel Espinoza, uno de los ideólogos del movimiento antichino de los 1920 y 30 que aglutinó a decenas de miles en Sonora y Sinaloa, como "ratas hambrientos que duermen fantásticos sueños de opio". Estos inmigrantes chinos seguramente transmitieron algo de su conocimiento del vicio y los negocios narcóticos, aunque era obvio que los grandes empresarios del opio no fueron migrantes muertos de hambre y que fumar opio no ayudana a volverse un gran empresario.

Los grandes empresarios de las drogas, que apenas empezaban a ser ilegales en los años 1920 y 1930, fueron prominentes familias. Y el origen del este vicio era una herencia arrastrada por estos asiáticos colonizados y explotados por el imperio

inglés. Las ganancias de la producción y venta de opio estaban y siguieron en manos de los colonizadores y emprendedores imperiales, en las manos del poder. El impulso de culparlos se debe a nuestras propias herencias racista y cierto estado de negación que no es sólo nuestro, sino de muchos lugares del mundo en que se trata de culpar de los propios vicios y problemas a supuestos invasores de la comodidad regionalista. El afán de culpar a los recién llegados de los vicios propios, sin embargo, no es sólo nuestro pues los gringos por aquellas fecha decían cosas similares sobre los chinos y el opio, a más de aderezar con la creencia de que la cocaína embrutecía a los negros y la mariguana a los mexicanos.

(1938. Badiraguato, Sinaloa)

Archivo General de la Nación
Froylán Enciso